

4-30-2011

La cautiva

Ana María Fuster Lavín

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Fuster Lavín, Ana María. 2011. La cautiva. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 6-8.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.1>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/3>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

La cautiva

Entonces se deshizo de las ligaduras de los loqueros, se deslizó y cruzó los muros simplemente por el poder de su voluntad que era más fuerte...

ESPIDO FREIRE

Estoy aquí. Secuestrada. Recluida en un cuarto, una cárcel, tal vez un manicomio. Puede que los tres lugares sean lo mismo. Tampoco se cómo llegué hasta aquí. Siempre oscuro, sólo me acompañan las sombras del pánico. Todo se difumina, debe ser que la oscuridad está atrofiando mi retina, supongo que también mi piel. Normalmente siento pisadas, una respiración suave y se abre una pequeña compuerta o rendija. Por ésta entra algo de comida y agua, entran por ella sueños; lo más, pesadillas.

Saco la mano a través de la rendija. A veces me acaricia el miedo, tiemblo y la retiro de nuevo hacia la nada. Otras, siento un intenso vaho con olor a carne rancia que me quema los dedos. Lo único que alimenta mis esperanzas es cuando la mano de ese hombre atraviesa la puertilla, me recuesto contra ésta, y me acaricia el cabello, o me besa una mano y desaparece. No veo su rostro, pero siento su fragancia a hierbas y vainilla. Le he gritado desesperada que no se vaya, le pido auxilio. Siempre se va, siempre regresa, siempre. ¿Y qué haré cuando sea nunca?

Si al menos me dijera algo. Nadie me habla. No escucho más que una gota que cae, tac tac tac. Siento que me ahogo y enloquezco. Me despierto llorando todas las “mañanas” de los “no días” que pasan. La oscuridad es mi peor pesadilla, de un insomnio que no hace diferencia, es lo mismo que duerma o no, no puedo diferenciar entre soñar y el estar despierta. Aquí tengo un libro que no puedo leer y mi diario, pero cómo escribir entre tinieblas. Poseo unos lápices con los que sólo he garabateado las paredes y todo lo que encuentro. No hay destino para leer y escribir.

¿Estaré viva? ¿Por cuánto tiempo? ¿Quién será ese hombre? ¿A dónde se fueron mis recuerdos? ¿Cómo llegué a esta oscuridad? ¿Podré salir de aquí? La inutilidad de mis preguntas de alguna manera me salva de la ceguera mental. A pesar de mis ejercicios inevitablemente la locura se

apodera de mí. Me devora lentamente con cada página del calendario que no logro ver. Tengo la sensación de haber sido muchas mujeres. Mi mente y cuerpo están habitados de madres, luchadoras, esclavas, trabajadoras, niñas, putas, miedosas y valientes. Escojo a la que puedo ser cada día, pero al final vuelvo a ser la misma, una mujer sin cuerpo. Una mujer invisible.

El insomnio es el amo y señor de mi tortura. Él me otorga libertades paralelas, cuando me visto de otra y mi cuerpo común se queda en esta prisión. Sólo así abro la puerta y salgo a caminar. Paseo por las calles de Santurce, con sus momentos buenos y malos. Así aspiro los matices de cada olor. Bajo la cabeza. Según sigo mi camino observo el trayecto de las cunetas, los cartones del vagabundo, ese que se tambalea como si la ley de gravedad jugara a la peregrina con él, latas de cerveza, pestes del *fast food* más cercano y pequeños *zip-lock* con residuos blancos de libertad. Trato de recolectar pisadas, pies, zapatos limpios, nuevos, sucios, descalzos. Los olores, colores, se mezclan en un gris pardo. Y pienso que todos son gatos. Todos los gatos son pardos en las noches. Odio los gatos. Estos seres del piso, no se dejan acariciar, solo maúllan, se erizan, huyen de los afectos. Nadie ve ni sus excrecencias. ¿Dónde defecan los gatos de la calle? No he visto las cajitas de *litter* por ningún lado. Un día maté un gato y después de muerto se convirtió en tecato. Un tecato muerto.

Vuelve a sonar el tac tac tac tac. Oigo sus pisadas alejándose, las de ese hombre. Me despierto y regreso aquí, a mi cuerpo. Al menos me permito esos recuerdos fugaces, ante el dolor de la soledad. ¿Será esa ella que deambula, mi yo anterior a este lugar? Vuelvo a recostarme contra la pequeña puertita. Espero la mano de ese hombre que me acaricia los cabellos. Su olor avainillado a veces mezclado a vitaminas y medicamentos. Es mi único contacto con el presente oscuro. Tan oscuro que a veces se me ocurre que estoy en el vientre materno y hasta puedo dar pequeñas pataditas para que mi mamá me acaricie sobre su piel. Otras, que soy una pequeña hada y me pongo a bailar por el cuarto hasta que tropiezo. No tengo valor para suicidarme. Ella tampoco me dejaría. Teme que si muero, ella muera también. Esa otra en la que también habito. Ella escribe todo en un diario como tratando de comprender por qué me ama y odia a la vez.

de Ana María Fuster Lavín

Cuando logro dormir, en realidad es como si me hubiesen hipnotizado. ¿Y si fuese así? Es como si viviera en ese insomnio de la hipnosis, puedo recuperar trozos de otro ayer, uno más oscuro que la propia habitación en la que estoy recluida. Vuelvo a salir, regreso por las calles entre la Ponce de León y Fernández Juncos. Donde todo se funde así como los *grafittis*, las siluetas se distorsionan.

Continúo mi camino de sombras. No puedo ver a las personas y sus contrastes en este asopa'ó que es la ciudad. Ellas tampoco me ven. Hoy camino de madrugada, no miro hacia abajo, sino de frente. A estas horas las escasas personas que encuentro no tienen rostro, son siluetas. Cuando miras hacia delante las calles son laberintos, las paredes son anuncios. Hay comercios: unos abandonados, otros esperando los zombies compra compra compra como ese tac tac tac... A estas horas todos son perros. Los perros son sumisos, también agresivos. Nunca puedes estar segura si piensan o no. Los canes mueven el rabo, comen basura. Si les tiras una salchicha, te mueven el rabo. Ellos pueden intentar morderte el culo, pero siempre tienen miedo. Seguí mi camino, vi unos jóvenes borrachos. Ellos no me vieron. Viré por un callejón y allí

estaba una perra solitaria, recostada, sarnosa. No pude resistirlo, la pateé, aullaba, chillaba, la pateé una y otra vez. Cuando me sentí liberada miré hacia abajo, la perra estaba inconsciente. Su olor me daba náuseas y le pisé el cuello. La perra era tan sólo una prostituta sidosa, ahora una puta muerta. ¿Y a quién le importa una que vende su cuerpo por unos pesos a cualquier pendejo? Yo ni siquiera tengo cuerpo, ni de perra, ni de puta, ni de mujer con nombre y apellido. Sin embargo, estoy viva. Soy muchas y escojo la que quiera ser.

Tac tac tac. La mano, la soledad, el hombre, ella. Esta soledad me está desvaneciendo. Tengo tanto miedo de despertar, tengo miedo de la mujer en la que habito. Estoy cautiva en ella. Su cuerpo es mi habitación, su mente mi manicomio. Una vez me gritó que yo era quien la tenía cautiva, que me odiaba. Casi no recuerdo. Escucho la soledad, su soledad, el tac tac tac, las pisadas, la puerta se abre, la mano del hombre que me acaricia. Y en cada recuerdo me siento más ligera, como si comenzara a desintegrarme. La oscura habitación comienza a llenarse de agua. ¿Acaso mi destino es morir ahogada? No logro tantear la compuerta. Las pisadas, la oscuridad, tac tac tac. Finalmente la mano de ese hombre vuelve a acariciar mis cabellos, eso me ayuda a dormir.

Mediodía. La muchedumbre es ancha y ajena. Miro hacia arriba. Puedo volar mientras aspiró las esencias, la contaminación, los sudores. Los edificios tienen alturas irregulares, no son muy altos, lo más tres o cuatro pisos, entre Miramar y la parada 18. Alguno supera la proporción de los treinta y cinco pies de altura. ¿A qué velocidad cae un cuerpo desde uno de esos edificios? Hay personas que son pájaros, algunos son gaviotas y logran escapar, pero los más son changos y palomas. Ellos siempre se quedan. Te cagan sobre las espaldas, sobre la comida, sobre las manos extendidas hacia la esperanza. Las manos, esa mano, la de mi hombre, el redentor.

Sigo caminando, miro los techos y quiero volar. El ruido de los carros, las voces, la música es un coro desafinado de bachata y reggaetón. A lo lejos escucho ese tac tac tac. Siento que las personas me van rozando al caminar. Creo ver a la mujer que me mantiene cautiva y miro hacia arriba. El código penal no recoge nada acerca de que no se pueda habitar en los cerebros ajenos, que sea un delito poseer otro cuerpo. ¿Quién dijo eso? Me siento confundida. A veces escucho voces como en otra dimensión. Ignoro



Leonora Acuña, *Belleza desnuda*

esa voz. Me acerco a un edificio abandonado y veo una puerta rota por la que me puedo colar hasta llegar a la azotea. Subo y subo, pensando en volar, ser libre, desnudarme. Yo te he convertido en asesina, tú a mí en cautiva, soy tu personalidad más temida, no habrá hipnosis, medicamento que te pueda liberar de mí. Tampoco volveré a esa habitación oscura, a la puta cárcel de tu insomnio. Hoy moriremos las dos.

Parada aquí arriba, en el alero, puedo ser gaviota. Libre, volar hacia el mar. Allá en la calle, todos parecen ratas y ratones jugando a los laberintos. El aire me convoca y canto horizontes. Levanto los brazos. “No eres nadie. Te odio.” Escucho esa voz de la mujer de la que no volveré a ser cautiva. El sol me deslumbra. Tac tac tac. Despídete, cariño, ya estás preparada. Déjala ir. Era la voz de ese hombre que siempre esperé. Su voz, pero no puedo verlo, ni sentir su mano acariciando mi cabello. Tac tac tac. Ya no tendré que volverte a hipnotizar, el poder de tu voluntad es fuerte, dijo él a mi cautiva. Le puso la mano en el hombro a ella. Es él. Siento como al poner la mano sobre el hombro de ella fuese a mí, pero no, ya me voy desprendiendo de su mente. Me obliga a suicidarme, me impide llevarla conmigo.

No hay paredes. Acabo mi cautiverio. No puedo creerlo. Me siento liviana. En vuelo libre. Mi cautiva me mira desde el techo, el hombre le tiene la mano sobre el hombro. Ya no hay habitación, ni puerta, tampoco necesito un cuerpo. Voy cayendo hacia la calle, hacia la luz. Soy libre.

Detrás del humo

de Gonzalo Páez

J, llamémoslo así, porque así quería ser llamado, entró en el café en el que había quedado para encontrarse con el hombre. El hombre, sentado en una esquina, era yo.

J no lo sabía.

Nos habíamos citado a las tres y veintitrés de la tarde. “Veintitrés en punto”, le dije por teléfono. Siempre elijo números poco convencionales. Así he descubierto que los clientes creen tener más control sobre sus destinos. Quizás piensen que un hombre que elije números tan arbitrarios debe caminar por el mundo con la exactitud de un reloj, como un esclavo. Los clientes suelen llegar quince minutos antes, a veces veinte. Quieren verme entrar, supongo. Quieren medirme, entender por qué hago lo que hago, o buscan de antemano una ruta de escape. Pero yo siempre llego una o dos horas antes.

Estaba en el tercer sorbo de mi segunda taza de café cuando lo vi. J se había parado afuera del ventanal del lugar y daba pequeños pasos de izquierda a derecha, en un vaivén inquietante. Eran las tres y siete. Sacó un cigarrillo del bolsillo de su pantalón. Llevaba unos *jeans* oscuros, como le había pedido; también camisa blanca y suéter rojo (siempre les pido que se vistan así. “Para reconocerlo”, les digo). El cigarrillo que sacó era largo y J lo fumaba con vehemencia, chupándolo como si fuera un biberón. Lanzó siete u ocho bocanadas de humo y se decidió a entrar. Se sentó en la tercera mesa, a la izquierda de la puerta, entre una gorda que había llegado poco después que yo y un tipo flaco, de bigote alargado y cara

de gendarme. Yo estaba en una esquina, sentado con la pared del local a mis espaldas y con J a mi costado, a cinco puestos. J no me podía ver, a menos que se hubiese dado la vuelta. Estaba preocupado en acabarse el cigarrillo y fingía (digo fingía, porque no daba vuelta a la página) ojear el menú del local. Era más menudo de lo que había imaginado; su cuerpo no iba de acuerdo con la voz ronca que escuché en el teléfono.

Pedí la cuenta y vi que J alzaba constantemente la mirada hacia la puerta. Lo hizo tres o cuatro veces, hasta que se cruzó con el cara de gendarme. Se miraron por unos segundos y J estuvo a punto de saludarlo, cuando el cara de gendarme se levantó y se fue. J lo vio alejarse por la avenida Colón y perderse entre la muchedumbre. Yo me levanté y aproveché su distracción para sentarme a su lado. Cuando volteó la mirada, yo estaba cruzado de brazos observándolo. Abrió los ojos y tensó los brazos, como empujándose hacia atrás, pero no dijo nada. Eran las tres y veintitrés.

No me había juntado con un cliente en casi seis años. No sé por qué decidí volver a hacer un trabajo. No me faltaba plata, ciertamente. Tampoco extrañaba el riesgo (nunca me atrajo). Y ya no tenía edad para hacerlo; J podría haber sido mi hijo. Quizás era eso... Quizás quería ver si a mi edad aún podía hacer este tipo de cosas. Era probable que J se estuviese preguntando lo mismo, porque me miraba entrecerrando los ojos. Estudiaba mis manos, que ya denotaban arrugas; intentaba ver si llevaba algún objeto debajo de mi gabardina. La señorita del café se